

ro y Teopompo en el libro II del *Orador*: “Luego, como si (provinieran) de la escuela más excelente del orador, dos mentes que sobresalen por su talento, Teopompo y Eforo, impulsados por Isócrates, el maestro, se entregaron a la historia”.¹¹¹ Y allí mismo, poco después, Cicerón habla de Jenofonte y Calístenes: “Finalmente, el primero que se alejó de la filosofía, aquel Jenofonte, discípulo de Sócrates, y luego Calístenes, discípulo de Aristóteles y compañero de Alejandro, escribieron historia. Éste [Calístenes] claramente de manera retórica [escribe]; aquél [Jenofonte] quizás menos vehementemente, pero por cierto –según me parece– es más dulce”.¹¹²

También es digno de oírse lo que Cicerón dice sobre Timeo: “Éste, entre todos el más erudito sin discusión en la abundancia de asuntos y prolífico en la variedad de pensamientos y no descuidado en la composición de las palabras, añadió a la escritura gran elocuencia”.¹¹³ ¿Qué acerca de Tucídides? Sobre aquél, Cicerón profiere estas cosas, las que deben ser consideradas muy diligen-

111. Cic., *De Oratore*, 2.57.4-7.

112. Cic., *De Oratore* 2.58.1-7. Téngase en cuenta un pequeño cambio textual, posiblemente un error de copiado, pero que resulta significativo: et is quidem rhetorico **paene** more (2.58.2, “y éste escribe **casi** de manera retórica”).

113. Cic., *De Oratore* 2.58.8-10.

temente: “A mí entender, Tucídides vence a todos por su habilidad en el manejo del discurso. Así como es abundante en el tratamiento de los asuntos –a tal punto que él hace corresponder la cantidad de palabras casi al número de pensamientos–, del mismo modo es tan adecuado y conciso en las palabras que no se sabe si ilustra los hechos con el discurso o las palabras con los pensamientos”.¹¹⁴

Pienso que, luego de haber explicado bastante qué clase de discurso requiere la facultad histórica, para que esto sea más evidente, remito al discurso de Luciano, en el cual está contenida toda nuestra disertación. En éste [se dice que] quien se disponga a escribir historia es conveniente que posea dos cosas: “inteligencia política” y “capacidad hermenéutica”.¹¹⁵ Hasta aquí, por cierto, esto es lo dicho por nosotros sobre el fin y la materia de la facultad histórica.

114. Cic., *De Oratore* 2.56. 1-5.

115. *synesis, politikè, dýnamis hermeneutikè*, en el original. Cf. Luciano de Samosata, *Hist. Conscr.* 34.3-4. Mantenemos en la traducción el término “hermenéutica”, a pesar de que parezca anacrónico, dado que en griego el verbo hermeneúo significa “interpretar, traducir, expresar por medio de las palabras”, sentido retomado por la teoría filosófica de H. Gadamer.

NOTAS PARA EL SEMINARIO SOBRE JACOB BURCKHARDT DICTADO EN LA UNIVERSIDAD DE HAMBURGO (1926-1928)

por *Aby Warburg*

Traducción: Gonzalo Aguirre y Daniela Losiggio

Corrección: José E. Burucúa

Debemos reconocer a Burckhardt y a Nietzsche como iniciados de la onda mnémica y, a partir de eso, apreciar cómo ambos encaran de modo muy distinto aquello que asumen como conciencia del mundo. Postularemos que ellos echan luz el uno sobre el otro, lo cual nos debe ayudar a comprender que Burckhardt ha sido alguien apasionado por su trabajo.

Cuando les toca recibir y retransmitir la onda, ambos resultan sismógrafos muy sensibles que vibran en sus bases. Pero existe una gran diferencia entre ellos: Burckhardt recibió la onda de la región del pasado, sintió las peligrosas sacudidas y se ocupó de que el fundamento de su sismógrafo se fortaleciera. Aunque las sufría, llevó al extremo las oscilaciones, sin llegar a darles jamás un “sí” absoluto e irreflexivo.

Sintió el peligro de su profesión, y sintió que se exponía a colapsar sin

UBA (Aguirre)

CONICET-
UNAJ-UNG
(Losiggio)

RECIBIDO: 15/09/14
ACEPTADO: 20/12/14

más. Es el romántico no caído. Participó tan intensamente de ese período del decir-sí a un destino modulado por la coacción de las oscilaciones, que cuando volviera a referirse a él —sin animadversión alguna— lo haría en los términos de un período peligroso del cual logró escaparse. No hubiera actuado de ese modo si aquello no hubiera constituido una parte esencial de su propia función mnémica. Tuvo que vibrar al ritmo de las oscilaciones para desprender territorios nuevos de la superficie que oculta los hechos pasados: el arte de los festejos salió de nuevo a la luz a través de esos desprendimientos, y lo emplazó a reflejar un fragmento de vida elemental que antes no estaba allí, y a cuya configuración él realmente temía. Resulta insuficiente encarar estas configuraciones con los conceptos de moral y extramoral. Burckhardt era un nigromante con plena consciencia; así engendró los poderes que a su vez lo amenazaron seriamente. Los evitó construyéndose una torre de observación. Su tipo de torre de observación es la de Linceo. Burckhardt se quedó en su torre y habló, sin privarse de pronunciar oráculos; fue y se mantuvo como un iluminista [*Aufklärer*] que sin embargo nunca quiso ser otra cosa más que un simple profesor.

Ahora bien, ¿qué papel desempeña Burckhardt en la vida de Nietzs-

che? Por cuanto Nietzsche sufrió el colapso —en Turín, que con su atmósfera luminosa y su aire seco le produjo una euforia que pretendió apoyarse en sus piernas enfermas—, por cuanto Nietzsche celebró esa claridad turinesa y dijo “sí” a la vida, todo hacía presumir un proceso de recuperación que, en cambio, era sólo una pausa corta y siempre incipiente entre la salud y la enfermedad. Nietzsche está en Turín, anda por sus calles, y un día se derrumba. Vive al lado del vendedor judío de diarios, Delfino. Entra a su departamento y comienza a escribir tarjetas postales para todos sus amigos, también cartas, y las firma “Dioniso el crucificado”. Nietzsche cae en un delirio religioso total. Entonces, el hombre cuya singularidad es la entrega incondicional a la creencia en la grandeza del futuro se convierte en el sacrificado de sus propias ideas. No puede soportar la soledad, que es la única atmósfera apropiada para aquellos abocados a esa tentativa. Va siempre buscando compañeros de viaje, los recibe, los pierde, y debe decir: “ellos no eran los apropiados”. No puede soportar esa profunda soledad, sólo llevadera para quien logra convocar a otros a una nueva creación. Resulta ser una atmósfera deseada en la que no puede vivir. Se siente un auténtico revolucionario, lo que llega a preocuparlo incluso económicamente, pues temía que sus libros

se prohibiesen. Él, que había escrito mucho sobre las pasiones de los hombres y había proclamado el privilegio de “prevalecer”, finalmente queda ahí tirado como un gusano penoso y retorcido.

Sus amigos en Suiza no saben nada de esta situación. El único que presiente algo es Jacob Burckhardt a partir de una carta también firmada “el Crucificado”. Lo que allí dice no lo sabemos. Seguramente eran —las ahora sí— violentas y destructivas acusaciones contra su entorno, las cuales en gran parte eran justificadas. Burckhardt tiene por aquél entonces 70 años. Él mismo no está en condiciones físicas de hacer algo al respecto. Entonces va con la carta a ver a Overbeck y allí comienzan a planear su regreso de Turín. Overbeck tenía un temple muy fino. Pone manos a la obra, y encuentra a Nietzsche absolutamente desmoronado en una esquina. Por eso decide llevarlo de vuelta a casa. La carta es su legitimación. Encuentra allí a un enfermero, un alemán; se trata de un hombre curiosamente ingenioso. Pugnan para que este superhombre vaya tranquilo con ellos. Le dicen —y él acepta, fuera lo fuese que tenía en su cabeza—, que sería recibido como un príncipe en Basilea. El truco funciona. Nietzsche se anima y lo llevan de regreso. El desmoronamiento de este superhombre significaría, para Burckhardt, lo que durante mucho tiempo tanto

había temido ocurriese a su colega tan valorado. Por eso, no hay razón para pensar que Burckhardt haya podido despacharlo con fría ironía.

Veleda se sienta en la torre, la vidente de río Lupia. ¿Pero qué tipo de vidente es Nietzsche? Es del tipo *nabí*, el estilo de los antiguos profetas que andan por las calles, se destrozan la ropa, gritan de dolor, y hasta quizás llevan tras de sí al pueblo de un lado a otro. Su gesto original es el del conductor con el tirso que obliga a todos a ser sus seguidores. De allí sus consideraciones acerca de la danza. Los tipos primordiales de vidente se chocan en Jacob Burckhardt y Nietzsche, en esa región fronteriza entre Romanismo y Germanismo. La cuestión es si algún tipo de vidente puede soportar las sacudidas de la profesión. Uno de ellos intenta transformarlas en vocación. [A Burckhardt] la falta de resonancia lo socava de continuo y de ello resulta efectivamente un profesor. Ambos son hijos de pastores con sentimientos de Dios que resultan en dos posiciones muy diferentes sobre el mundo: uno es el que siente el aliento demoníaco del demonio de la aniquilación y se sienta en una torre, y el otro es el que quiere hacer cosas en común con ese demonio. Jacob Burckhardt sintió esta [última] osadía, y contó cómo una vez [se la] agradeció [a Nietzsche]. Linceo sintió otro Linceo sobre sí: “pero yo no

puedo”; ¿quién estaba en lo correcto? Correcto e incorrecto no son los conceptos. Pero, ¿dónde radica tamaña expresión y psicotécnica del instrumento? El Romanismo y el Germanismo se pusieron en equilibrio con Burckhardt, ya que estos acontecimientos tuvieron lugar en Suiza. Respecto de Nietzsche, los estados orgiásticos de la antigüedad producen una imagen deseada para la que él no estaba preparado, si bien, como poeta, profirió invocaciones surgidas de un terreno musical que Burckhardt nunca alcanzó.

Nietzsche trató de fortalecer a Burckhardt. Burckhardt le dió la espalda como quien en Jerusalén ve a un derviche corriendo: Veleda contra un iluminista [*Aufklärer*]. Ambos continúan floreciendo, injertos de un mismo tronco. Burckhardt, quien había colaborado en un diario conservador de Basilea, dijo: “He visto los ojos embriagados de la plebe”. Luego buscó aquello que era contrario a Nietzsche; buscaba la medida o la forma potenciada, una forma que fuera a la vez vida y contención: Rubens. Tenía el dominio de la vista, que le ofrecía la disciplina de la forma y al mismo tiempo le brindaba la unidad de medida. Por ello, podía quedarse sentado en su torre, y operar como un espejo captador, porque lo que en él se efectuaba era la conformación y no el drama místico: Veleda y la madre que destroza al

hijo. Nietzsche, en su soledad, se derrumbó porque se enfrentó –creyendo en una lógica superior del destino– a las sacudidas más violentas. Con [el caso] Wagner reaccionó contra una fórmula del *pathos* autocomplaciente.

Vemos, de golpe, la influencia de la Antigüedad en sus dos corrientes: la así llamada apolínea y la dionisiaca. ¿Qué papel desempeña la Antigüedad en el desarrollo del vidente? Agostino di Duccio y Nietzsche están de un lado, los arquitectos y Burckhardt del otro: tectónica versus línea, Bernoulli sobre Burckhardt...

En Burckhardt y en Nietzsche podemos observar, cómo la torre del vidente se bifurca en su concepción fundamental. Una enseña y transforma sin exigir un modo de ver. La otra exige justamente porque, al no ser formante, debe servirse del antiguo movimiento orgiástico [*Orgiasmus*] del bailarín primordial. *Polloi toi narthekoporoi, pauroi de te bakchoi*. “Muchos portan el tirso, pocos son los bacantes.” Sin lugar a dudas, Nietzsche y Burckhardt eran portadores del tirso. Nosotros estamos en el límite de sus poderes. Pero Burckhardt tenía algo que lo elevó y lo convierte en nuestro ejemplo: la capacidad de sentir, merced a su *sofrosyne*, la frontera de su propia misión, quizás con demasiada agudeza, pero en todo caso sin traspasarla nunca.

EL CIENTÍFICO CULTURAL, ESE ARTEFACTO SOFISTICADO. WARBURG ENTRE BURCKHARDT Y NIETZSCHE

por Daniela Losiggio

RESUMEN:

El presente artículo se ocupa de analizar la relación entre obra/pensamiento y vida, a partir de las anotaciones para el seminario sobre Jacob Burckhardt dictado por Aby Warburg en la Universidad de Hamburgo en el ciclo 1926-1927. Las personalidades de Burckhardt y de Nietzsche, tomados como “sismógrafos” captadores de “ondas mnémicas”, sirven a Warburg para elucidar ese pasaje, así como para establecer las fuerzas que definen su propio pensamiento.

ABSTRACT:

The cultural scientist, that sophisticated device. Warburg between Burckhardt and Nietzsche

This article analyzes the relationship between work/thought and life, based on the notes for the workshop on Jacob Burckhardt offered by Aby Warburg in Hamburg University in 1926-1927. The personalities of Burckhardt and Nietzsche, taken as “seismographs” capturing “mnemonic waves”, help Warburg to elucidate that passage, as well as to establish the forces that define his own thinking.

CONICET-
UNAJ-UNG

RECIBIDO: 15/09/15
ACEPTADO: 20/12/15